

DES-
MONTAR
LA **valeria flores**

LENGUA
DEL
MANDATO
CRIAR
LA
LENGUA
DEL
DESVCAT

*diálogo
transfronterizo
con tomás henríquez murgas
y jorge díaz fuentes*



**DESMONTAR LA LENGUA DEL MANDATO,
CRIAR LA LENGUA DEL DESACATO**

Edición del Colectivo Utópico de Disidencia Sexual (CUDS)

En este diálogo: valeria flores, tomás henríquez murgas, jorge díaz fuentes

Diagramación y arte: felipe román

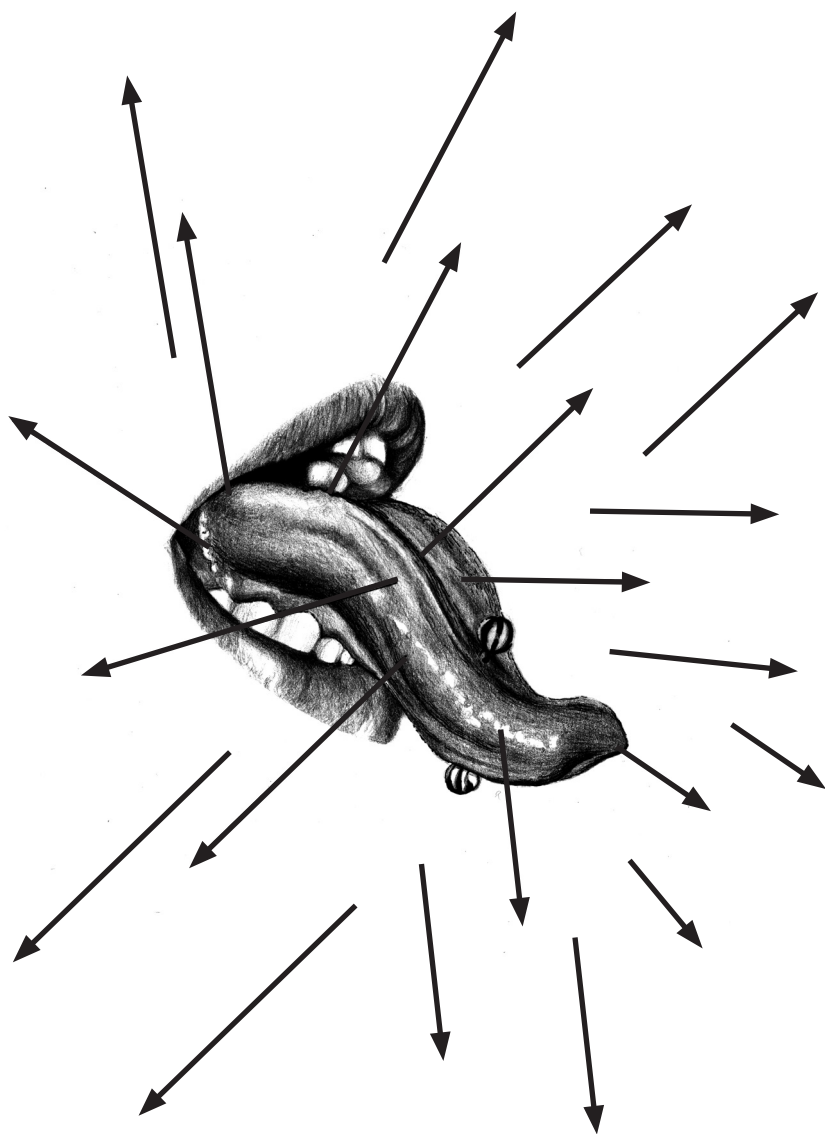
Ilustración: <http://gustanov.tumblr.com>

Este fanzine se materializó gracias a la colaboración de Editorial Mantis
Santiago de Chile 2014.

Se permite la copia, distribución y tráfico libre de los contenidos de este
fanzine.

DES-
MONTAR
LA
LENGUA
DEL
MANDATO
CRIAR
LA
LENGUA
D3L
DESACAT●
V

“Demasiado intelectual para el activismo, demasiado activista para la academia, demasiado feminista para la poesía, demasiado radical para la pedagogía, demasiado política para ser maestra, demasiado disidente para la política de identidad, demasiado tortillera para ser maestra, demasiado maestra para la jerarquía del saber, demasiado tímida para la oratoria política, demasiado provinciana para la capital, demasiado prosexo para un feminismo que aún teme hablar de sexo, demasiado teórica para ser trabajadora.”



PRÓLOGO

valeria flores se escribe con minúsculas

I. BORDES LINGUALES

escuchar los murmullos de las palabras

10

II. BASE DE LA LENGUA

construir otras ficciones políticas

25

III. VÉRTICE LINGUAL

escribir contra sí misma

41

valeria flores

se escribe con minúsculas

La contingencia del fanzine es siempre aleatoria pues responde al vértigo de un tiempo otro. Un tiempo en el que aquella demanda nunca satisfecha acrecienta su emergencia. Las razones fundantes de su producción por ende, no son nunca ordenadas, fijas ni coherentes, pues responden siempre a una urgencia crítica por hacer circular aquellos materiales que nos parece imprescindible hacer visible: lenguas que se entremezclan, discusiones que nos quedan pendientes, imágenes que fortuitamente se borronean tras el paso repetitivo de la fotocopia. Un formato originado en las prácticas sentimentales de un anarquismo que hizo propio la voluntad de colaboraciones clandestinas, y que hoy para nosotros resulta inspirador.

El tráfico de diálogos que contiene un fanzine, podría no obstante, ver minimizado su potencial crítico por el evidente bajo costo de su factura. Pareciera, según nos ha enseñado la industria del libro, sus mafias editoriales y su costosa copia seriada, que tomar la palabra es una empresa reservada sólo a unos pocos. Vivimos en un país donde publicar es un gesto extraño, quizás algo solitario, ridículo para muchos, pero que cuando se logra se transforma en toda una hazaña. Un verdadero grito rebelde contra el silencio de la recepción crítica. Es por eso que desaprendimos de las burocracias y lo hicimos por nuestra cuenta. Todo esto, bajo la impostura artesanal de las amistades y colaboraciones que mancomunamos en el activismo. Así, un fanzine devela ante todo el pulso de aquel momento existencial de su escritura, de su insoportable peso político cargado de materialidades precarias. Colmado de signos que políticamente nos implican.

Iniciamos aquí un diálogo que no sabemos cuándo acaba, que continua y modifica sus afluencias de intercambio y producción de textos en torno a los activismos que habitamos. Porque ubicamos nuestro lugar mientras nos escribimos, mientras nos miramos asombrados de los diálogos que a manera *transfronteriza* nos hemos propuesto iniciar y construir. Un diálogo dentro de un fanzine. Una entrevista soportando la materialidad insistente de la autogestión.

Se dice que un fanzine está siempre constituido por la misma colectividad de aficionados que escriben en él. Y sí, de alguna manera nos construimos espacios donde reconocernos, donde intercambiar posiciones, sean estas una palabra, una página, la cita al pie de la hoja, o una respuesta sencilla pero contundente en el *inbox* del correo electrónico. O sean éstas también nuestras propias corporalidades sureñas plagadas de disturbios e interferencias.

De alguna manera, *desmontar la lengua del mandato, criar la lengua del desacato* es para nosotros la posibilidad de abrir un espacio político donde la palabra, en toda su intensidad y espesura nos permite volver la mirada sobre aquellos espacios refractarios de las escrituras feministas del activismo de disidencia sexual en américa latina. Donde la voz de valeria flores, siempre escrita en minúscula, zigzagueante entre la opacidad y la transparencia de su impostura, nos ha permitido inmiscuirnos, provocarnos e incluso sabotear nuestra propia experiencia del activismo, hasta hacer de su aparición un cruel desborde de escrituras. Aquella letra que a pesar de su propia estrategia de minorización del nombre propio es capaz de ser ruidosa, estridente y no pasar desapercibida.

Porque valeria flores es siempre lengua desobediente tanto a los mandatos legalmente rutinarios de las escrituras de la militancia, como al desafío estético de hacer política con la poesía.

tomás henríquez murgas y jorge díaz fuentes.
Santiago, Junio 2014.

I. BORDES LINGUALES

escuchar los murmullos de las palabras

jorge díaz fuentes: valeria, pensaba que quizás todo el espesor político del barroco y de la experimentación textual que se encuentran en las escrituras del feminismo y la disidencia sexual no sean sino también una forma de manifestar la construcción de un conocimiento local por hacer, una crítica política que pretende no sólo en el “fondo” sino también en la “forma” desautorizar el cómo se han narrado nuestros cuerpos tomando indisciplinadamente autores, palabras e imágenes. Eso veo en tus textos, una insistencia por la densidad del lenguaje, por construir escrituras disidentes que se enuncien sin las precauciones de los expertos. Por lo mismo, en esta pregunta me gustaría insistir en la escritura y las tensiones que genera la construcción de palabra en el activismo. En tu libro ***Interruqiones, ensayos de poética activista*** (Editorial La Mondonga Dark, Neuquén, Argentina, 2013) hay una gran insistencia en articular el trabajo de una escritura encarnada como territorio político y esto parece causar siempre mucho escozor dentro de nuestro mismo activismo. Tú has hablado de una cartografía identitaria que funciona como un acta de vigilancia para exponer la insistencia en negar y desacreditar la producción de teoría feminista situada en el sur. A partir de esto, recuerdo cuando la teórica feminista Nelly Richard, una autora muy recurrentemente citada en tus textos, escribe sobre la tediosa acusación que se encuentra en el supuesto “escribir en difícil” como una insistencia política que niega la producción de pensamiento minoritario, un pensamiento que desconfía de los relatos escritos siempre en una voz masiva, supuestamente clara, que generalmente borra o utiliza a modo de fetiche los cuerpos desobedientes a la norma. ¿Cómo sobrevivir en un activismo en el que paradójicamente se considera menos importante o menos político el trabajo de la

escritura disidente, especialmente en nuestros espacios no-metropolitanos? ¿Qué piensas de esta contradicción cuando han sido los textos críticos del feminismo quienes nos han abierto posibilidades de acción política radical?

valeria flores: Pregunta que punza, que revela una amistosa y dolorosa incomodidad, que esquiva una respuesta concluyente, porque se trata de tantear, espiar e irrumpir, tal vez para volver a sumergirse o eventualmente ser enterrada por los sepultureros de la metáfora o los pregoneros de la claridad. Esa pregunta por la sobrevivencia en un activismo que diluye, borra o expulsa hacia los márgenes el trabajo político de la escritura disidente, efectivamente me atraviesa en cada ademán escritural que ejercito. No resulta una tarea sencilla cuando no encontrás interlocutorxs que dialoguen, confronten, interpielen o desafíen esas escrituras. Percibo una zona de silencio alrededor de nuestras escrituras minoritarias y periféricas a la metrópoli -que en Argentina significa no habitar en Buenos Aires-, y de mi escritura en particular, escrituras que no buscan ni revelan verdades, sino que experimentan una política de la lengua como gesto de di/inter/ferir algunos lenguajes más ortodoxos para hablar de identidades sexuales, feminismos, géneros, cuerpos. Y este silencio tiene efectos políticos, porque el pensamiento se despliega, rearticula y (des)compone en la medida que alguien tire de él, lo deshilvane. Es cierto que el tomar indisciplinadamente a autorxs y palabras puede ser leído desde los protocolos académicos como un trabajo poco riguroso y serio, pero el ensayo como pensamiento singular y modo de intervención crítica requiere del arte del destronamiento, de la irreverencia que justamente acusan las

múltiples expresiones de los feminismos y la disidencia sexual para desacralizar incluso nuestras propias palabras y las genealogías en las que nos inscribimos.

La escritura es una máquina de visibilidades e inteligibilidades: una máquina de luz y, por lo tanto, de sombras. Las operaciones críticas sobre los textos y los cuerpos me las aportaron preferentemente las ficciones de los feminismos, la teoría y el activismo cuir/trans/intersex y de la disidencia sexual, haciendo un emplazamiento singular y herético de esas técnicas de montaje de un corpus textual. El estilo no es una cuestión de mera “forma”, supone un modelaje inédito de las palabras que afecta el modo y lo que se dice. Así, el estilo es ese hábito que hace un surco en el lenguaje, campo político por excelencia donde se arma el pacto patriarcal heteronormativo racial y colonial, y territorio de las imprevistas y febriles alquimias de la subversión.

Tal como señalás, mantengo diálogos y disputas tácitas con muchxs activistas y autorxs, algunxs más afines y otrxs con más distancia político-afectiva. Una de esas tantas conversaciones silenciosas –y licenciosas– la establezco con los modos escriturales de Nelly Richard y sus lecturas oblicuas, su desafiante articulación de lenguajes e itinerarios de fronteras para construir una poética de la crítica. Adhiero a su formulación de que el ensayismo crítico, en tanto género minoritario, no debería temerle a una poética del nombrar cuyos conceptos no se amoldan a lo predeterminado de la significación común¹.

1. Nelly Richard. *Crítica y política*. Santiago: Palinodia, 2013.

La sentencia -cuasi reclamo de normalidad- que recae sobre aquellas escrituras del campo del activismo sexo-político de “escribir en difícil”, creo que obedece a varias circunstancias: algunas imbricadas con procesos culturales del neoliberalismo que hicieron de las prácticas de lectura y escritura instrumentos de gestión técnica de la subjetividad, a través de un lenguaje masivo, transparente, sin opacidades ni conflictos. A su vez, la saturación de imágenes a la que estamos expuestxs, va re-organizando los esquemas perceptivos y cognitivos en los que el lenguaje tiene otro espesor, junto con los modos estandarizados del habla por las redes sociales que van dominando el campo de la comunicación. Aquí viene bien recordar la reflexión de Paolo Virno cuando afirma que la principal novedad del postfordismo consiste en haber puesto el lenguaje a trabajar. La comunicación social se ha vuelto materia prima, el instrumento y frecuentemente el resultado de la producción contemporánea². Entonces, cuánto de ese “no entender” expresa la desconfiguración de modos de pensamiento y del lenguaje provocados por nuevas rearticulaciones semióticas de la vida.

Hace un tiempo vengo pensando sobre la frase “no entiendo” que inunda todos los espacios de la educación institucionalizada y también de algunos espacios activistas. Y trato de meterme en la filigrana de sentidos de esta exhalación que, casi con irritación, muchas veces disparan contra los textos. Entonces me cuestiono cuánto tiene que ver esto con el

2. Paolo Virno. *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*, Madrid, *Traficantes de Sueños*, 2003.

consumo cultural, que reparte a priori el universo de la lectura entre lo comprensible y lo ininteligible, con las tipologías lingüísticas en uso y su vigoroso componente totalizador y uniformizante, con lo “masivo” y “popular” como único horizonte de comunicación deseable que, en nombre de lo general y lo común, desecha y sanciona toda experimentación más torcida y desviante. Cuánto del imperativo tiránico de ese “entender” supone la supresión de toda curiosidad, disloque o alboroto, todas tácticas que abisman a la propia subjetividad a la exposición de la contingencia y, muchas veces, lanzada a la intemperie conceptual.

Cuánto de esa pretensión por “entender” nos conmina a la violencia de tener que abandonar una lengua para que se entienda lo que ya se entiende, a hablar una lengua que castiga cualquier excepción o desvío que no consienta el estándar de lo mayoritario, llámese clase, racismo, heteronormatividad, binarismo de género, estándar corporal, etc.

Podríamos preguntarnos, ¿Cómo romper los modos de inteligibilidad sin producir cierta violencia en la comprensión, sin atentar contra la hiperluminosidad de los protocolos culturales del nombrar que marcan los índices de normalidad? Digo *tortillera*, sí, pero antes que la confirmación de una identidad como categoría ontológica, es para hacer colapsar un sistema de inteligibilidad. Es preciso para nuestra sobrevivencia hacer trabajar esa categoría para que no se anquilese, haciéndola atravesar múltiples y disímiles campos en una capilaridad contaminante, en un proceso osmótico que interpele los privilegios epistemológicos y políticos. Las categorías identitarias sirven como aglutinantes políticos

de los agenciamientos colectivos, pero insistentemente desbordan, exceden, erran. El relato del yo o del nosotrxs que articulan siempre es problemático, es el temblor del sí y del no, el estremecimiento de una (contra)memoria y de un (des)olvido, de una incorporación y una supresión, un índice de sí que duele y celebra. Por eso, para mí la poesía como pulsión imaginaria e inventiva de ficciones fallidas, equívocas, erráticas y disruptivas de los procesos escriturales de normalización, puede funcionar como una potente maniobra de subversión epistémica y política. Es por ello que el pulso poético resuena cada vez con más fuerza en las zonas de escritura que intervengo.

Podemos pensar que esa dificultad de comprensión que se reclama, no está en el objeto, sino en los modos de lectura, en un régimen de lectura que aplana horizontes, que fagocita y demanda sentidos aptos para el consumo rápido y sin contrariedades, para una deglución amansadora, domesticadora. La crítica cultural, artista y curadora Mieke Bal habla de la “intimidad crítica” como un modo de leer, de hacer frente a los problemas que generan ciertos textos, y justamente tiene que ver con escuchar los murmullos de las palabras, el tono de la sintaxis, dejarse fluir una y otra vez por la espesura y el ronroneo del pensamiento del autorx. Una propuesta que apuesta a la cercanía y no a la distancia, y estar cerca no se trata de estrechar longitudes sino de establecer con-tacto, un tacto que destierre los modelos epistemológicos de los modos de saber hegemónicos e interroga fervientemente los códigos y términos que delimitan y modulan nuestra manera de pensar, sentir y actuar los cuerpos. Una intimidad crítica como operación de lectura y estrategia de enseñanza que abone la pregunta compartida -y

molesta- por los efectos en los cuerpos que produce el trazado de cada palabra, porque *donde sea que se traza una línea, ella atraviesa siempre la carne tierna de alguien*, como dice la activista intersex Raven Kaldera³.

De algún modo, este escozor que, como decís, provoca una escritura encarnada, no como espacio de verificación de una verdad personal, sino haciendo del propio cuerpo un escenario escritural de la disidencia y de la escritura una práctica somática, es una táctica *guerrera*, el ejercicio de una sensibilidad dispuesta a exponerse al/el/un límite, una disposición agonística activada por una *erótica de la traición* que interpela las narrativas de identidad (sexuales, genéricas, disciplinarias) demasiado seguras de sí mismas, que asfixian posibilidades y clausuran –a su pesar- horizontes. *Traición* como operación de un (re/des)conocerse en ciertas posiciones enunciativas, sabiéndose, al mismo tiempo, allí y no-allí, estando y fugando del texto, con diversas estrategias para diseminar, pluralizar, desplazar, abrir, cortar, tajear, hacer sangrar, tachar, interferir. Una política escritural que busca imaginar las interrupciones y estallidos de términos y sentidos para colapsar las hegemonías discursivas de las políticas sexuales y culturales, a la vez que marcan los indicios para reconocer(se) [en] sus huellas pretéritas.

Demasiado intelectual para el activismo, demasiado activista para la academia, demasiado feminista para la poesía, demasiado radical para la pedagogía, demasiado política para

3. En "Construyéndonos. Cuadernos de lecturas sobre feminismos trans N°1". Mauro Cabral comp. Mulabi, Espacio Latinoamericano de Sexualidades y Derechos, 2009.

ser maestra, demasiado disidente para la política de identidad, demasiado tortillera para ser maestra, demasiado maestra para la jerarquía del saber, demasiado tímida para la oratoria política, demasiado provinciana para la capital, demasiado prosexo para un feminismo que aún teme hablar de sexo, demasiado teórica para ser trabajadora... Excesos que revelan un índice de normalización, excesos que en la maquinaria social –y también del activismo sexo-político institucional- se descartan y se convierten en residuos. Un poco sucede eso con el valor político de las escrituras experimentales, son los desechos de la máquina semiótica que gobierna las palabras y las vidas.

Sobre esta contradicción que señalás, acerca de que han sido los textos críticos del feminismo quienes nos han abierto posibilidades de acción política radical... No sé cómo estás pensando la contradicción, creo que tiene que ver con los contextos y momentos históricos. Entre esas posibilidades que nos aportan esos textos se despliegan algunas y otras quedan ensombrecidas, como la escritura, una práctica menospreciada hoy en día si no es con fines “ilustrativos” o “explicativos”. Si los modos escriturales son modos de lo político, de hablar e inventar nuestras sexualidades, de componer cuerpos, de revelar violencias, de crear deseos... ¿Cómo desestimar semejante campo de intervención?

Creo que algunas condiciones de la producción escritural van a contrapelo de la producción del capital y de la velocidad que se le asesta a nuestros cuerpos, como son la densidad y multiplicidad de las lecturas, el trabajo lento y solitario, y en muchos casos, la desclasificación o desafiliación institucional y la precariedad económica. Las escrituras minoritarias

son prácticas que resisten la velocidad de su tiempo y la compulsión a la conexión que vivimos, que van formateando nuestra subjetividad con impulsos por lo novedoso y el descarte utilitario. Por eso, escribir en el activismo feminista y de la disidencia sexual tal vez sea un oficio de riesgo... Una tarea más de abandono que de amparo, de deserción de la seguridad de los formatos conocidos, del desapego al ojo occidental burgués heteropatriarcal racializado adherido a nuestra retina.

tomás henríquez murgas: Poder considerar, irrespetuosa, indisciplinada e incluso irreflexivamente que ningún texto es sagrado, ha permitido hacer de nuestras lecturas del sur -en sus más amplias estrategias teratológicas- un espacio de abierta resistencia frente al dañino modelo epistémico que con violencia se nos ha urdido. Ahora bien, más allá y más acá de marcas, inscripciones, esencialismos o vocablos regionales específicos que desde un análisis estrictamente literario pueda trazarse, ¿Qué significa para ti escribir desde Neuquén? ¿Cómo dicho emplazamiento táctico puede asumir un rol relevante en el caso tentativo de establecer un mapa de diferencias, adscripciones y antagonismos dentro de, no diré tan taxativamente una “cartografía del cuir en Argentina”, como si de las eventuales zonas de roce en las que diversas estrategias de pensamiento minoritario feminista vinculado al activismo pueden hacerse visibles en sus distintos contextos “transandinos”.

valeria flores: Atender al indicio preposicional “desde” articula mapa y lengua en quiasmático contrapunto. La localización geopolítica nos arroja a un marcaje de la escritura

porque remite a una historia de violencia, de colonización imperial y estatal-nacional, y también a una genealogía de resistencias, de sujetos y pueblos que han intentado ser aniquilados por la razón ilustrada. Vivir en la Patagonia es estar atravesada por un legado de genocidio y despojo hacia los pueblos originarios, por la conquista del estado nacional, y ahora, por las políticas petroleras y mineras. Matriz extractivista de la política económica, matriz heterosexual que gobierna la inteligibilidad de los cuerpos, la articulación de estas políticas sexuales y económicas hacen de nuestros territorios corporales y geográficos enclaves de la explotación capitalista racista heteropatriarcal.

Neuquén como localización espacial, temporal, corporal y afectiva compone un paisaje cifrado históricamente en clave de desierto como espacio vacío, figuración de los imaginarios imperiales masculinistas racistas estatales. Una construcción altamente ideológica y cargada de una pertinaz violencia epistémica. Posicionarse críticamente en esta espacialidad es asumir no la identidad forzada que impone la cartografía normativa y hegemónica, sino reinvertir su signo y disputar la pretensión narrativa de ubicuidad. Remite al poder diferencial de las asignaciones identitarias y a las relaciones jerárquicas que gobiernan el uso, circulación e invención de las palabras de acuerdo al eje geopolítico.

Considerar los contextos de producción escritural de la disidencia sexual y feminista implica situar el escenario de los debates, los conflictos que se presentan en cada coyuntura local, las particularidades que adquieren los movimientos sexo-políticos y las protestas en cada lugar, las articulaciones posibles e imposibles, las disputas intestinas que atraviesan a

los colectivos, las posibilidades y resistencias para conformar alianzas y comunidades. Implica ni más ni menos que estar atentxs a la dimensión histórica y cultural de las dinámicas sexuales.

En nuestro país, una operación metonímica legisla la geopolítica, y Buenos Aires opera como una totalidad que ensombrece, acalla o arrincona experiencias y voces minoritarias en el activismo, trazando mapas de hegemonía con visibilidades y audibilidades asimétricas. Por ejemplo, en los debates dentro de los feminismos sobre trabajo sexual/prostitución, que han adquirido ribetes virulentos, las voces que articularon una posición disidente a la hegemonía del feminismo abolicionista que tiene a Buenos Aires como centro neurálgico, provienen de Córdoba especialmente -y de otras provincias-, con la conformación de la Red por el Reconocimiento del Trabajo Sexual. Esta red de activistas, trabajadorxs sexuales, académicxs, artistas y organizaciones sociales y políticas sostiene el derecho a la propia voz y a la auto-organización de quienes se dedican al trabajo sexual, estimulando la producción y circulación de textos y acciones a favor del reconocimiento de los derechos económicos sociales, civiles y políticos de lxs trabajadorxs sexuales y combatiendo la criminalización y estigmatización de la actividad, estableciendo diferencias agudas con la trata de personas con fines de explotación sexual.

Entonces, una cartografía del cuir de Argentina, si es que su trazado fuera deseable o posible, tendría que empezar por diseñar nuevas coordenadas que cuestionen el eje capital-interior, fundante de la nación argentina, sobre el que colapsan otra serie de binarismos jerarquizantes (civilización/barbarie,

modernos/atrasados, etc). Esta operación de marcaje y desmarcaje comprende una disputa contra la naturalización –despolitización– de los accesos desiguales a la circulación pública de la voz y la invisibilidad de lxs sujetxs y colectivxs creadorxs. Es una minúscula práctica descolonizadora que se desplaza de la autoinvisibilidad del sujeto de la enunciación y que visibiliza la materialidad de los contextos de producción.

Desmontar la lengua del mandato y, al mismo tiempo, criar la lengua del desacato, rehusar la lengua del colonizador y atizar, a su vez, la lengua de la revuelta. En ese doblez de escritura y situación, de cuerpo y letra, se despliegan y visibilizan omisiones, silencios, violencias. Así, los murmullos que la escucha canónica desoye o sitúa en el lugar de lo inaudible, devienen por intensidad poética, por decisión política, por pulsión estética, en articulación inteligible de registros múltiples y singulares del activismo sexo-político. La marca geográfica constituye un conjunto de experiencias históricas ligadas a una multiplicidad de recorridos, a un conjunto heterogéneo de géneros, temáticas, estéticas y procedimientos de distinto tenor, irreducibles a un modelo único de lectura. El cuerpo escritural y el cuerpo del paisaje pugnan interdicciones, hiatos, puentes, o apenas hilos que descuelgan una intermitencia relacional que muestran la creación inaudita y multiforme que acontece en la periferia de la metrópoli.

La geografía es constituyente de la materialidad que compone la escena de escritura, cuya naturalidad es profanada por los desbordes del mapa conocido, de la palabra esperada, del tema autorizado, del idioma legitimado. Estos desdoblamientos pulverizan toda ilusión de unidad, toda

pretensión de fijeza, toda asignación identitaria. Hay una proliferación de pequeños ensayos activistas experimentales de composición de fuerzas en movimiento, en espacios intersticiales entre disciplinas e instituciones, entre la calle y la academia, que operan en territorios imprevistos, subvirtiendo los límites canónicos de los formatos de la política, pero no hay una inscripción de esos gestos y prácticas en un marco de interpretación que los lance a la escena cultural como parte de las memorias políticas y estéticas de cada geografía.

Si en los derrames escriturales de los feminismos y la práctica de la disidencia sexual se ha denunciado que el sexo-cuerpo de quien escribe importa por su inscripción en un horizonte epistemológico andro/logo/etnocéntrico; que el canon se ejerce a través de operaciones concretas de recepción estético políticas, esta pulsión crítica nos empuja a disolver el enquistamiento de un modo de lectura que enmudece las preguntas por las condiciones culturales de habilitación y restricción de los discursos activistas minoritarios.

Este emplazamiento táctico, como dices, inaugura un gesto de reconocimiento y de disonancia, que altera los rituales del orden sexual y de género hegemónicos, y forcejea en los campos residuales del sentido, haciendo imposible la sutura de un corpus representativo de lo cuir y lo feminista, en este caso. Interpretar que nuestro trabajo teórico, político, estético, se realiza “sin importar las circunstancias” nos abisma al riesgo de des-historizar lo que hacemos y las lecturas que construimos. Las circunstancias que dan cuerpo a nuestras prácticas de pensamiento importan porque componen esa trama –material y simbólica- en la que acontece el día a día

de nuestras vidas, importan porque no es lo mismo pensar desde una ubicación geográfica marcada como periférica, porque no es lo mismo la resonancia de la voz que produce, ya que se amplifica de manera colosal en la metrópoli. Las circunstancias no son determinantes, son justamente una condición de nuestro trabajo de pensamiento, crítica y escritura, que enlazadas con nuestros deseos e inquietudes, pueden ser habilitantes o clausurantes de otro ejercicio de percepción del mundo. Configura un aquí y ahora singular, que no es excepcionalidad sino un reenvío a formas de estar que no se deducen de prescripciones o normativas.

Escribo desde Neuquén, pero no como neuquina, una identificación que resisto. Porque no supone la reivindicación ni adscripción a ninguna identidad configurada sobre las pertenencias regionales que se institucionalizan desde los discursos hegemónicos con un patrón de soberanía estatal-nacional, en los que despunta el chauvinismo. La neuquinidad hace referencia a una identidad partidaria con aspiraciones de supremacía que se constituyó en patrimonio ideológico del Movimiento Popular Neuquino, el partido gobernante de la provincia desde hace más de 30 años. La neuquinidad como ficción normalizadora tendió a la desactivación de los antagonismos y a la activación de una orientación homogeneizadora, y uno de los “otros” a los que impugnó en su conformación identitaria fue a los inmigrantes chilenos.

II. BASE DE LA LENGUA

construir otras ficciones políticas

tomás henríquez murgas: Las formas de interrupción que las innumerables morfologías del activismo de disidencias sexuales en el sur han logrado posicionar como estrategias de reconocimiento ante la opinión pública están determinadas por una serie de contextos en donde la violencia no solo simbólica, sino material en contra de dichos cuerpos que se resisten, se instituye como condición de normalidad establecida por los consensos vigilantes. Entendida así, la política tradicional pareciera ser un espacio estratificado, de difícil, incluso quizás nulo acceso, en el cual los cuerpos y discursos que no se logran acoplar a la norma no tendrán opción de ser partícipes de discusión alguna. Todo un régimen de patologización de las sexualidades abyectas se construye en torno a la escuela, el hospital, la cárcel, etc. a fin de establecer condiciones mínimas para así *optar a tomar la palabra*. Para el pensamiento heterosexual las lógicas de asimilación son previas al derecho a voz. Así, pensando que toda lucha del activismo lleva implicado un proceso de reconocimiento crítico ante dicha construcción de la política, y entendiendo la labor escritural como un proceso activo de producción de imaginarios disruptivos a las normas de socialización, ¿Cómo crees tú que la articulación de pedagogías críticas -locales, lúdicas y ante todo desobedientes- puedan permitir no solo infiltrarse en las instituciones de enseñanza, sino modificar sus condiciones objetivas de producción de sentido?

valeria flores: Comparto lo que dices. Para el pensamiento heterosexual las lógicas de asimilación son previas al derecho a voz. Nos hace hablar bajo sus parámetros de normalidad, por lo tanto, tomar la palabra es un acto revolucionario en el que hay que tener en cuenta que ese agenciamiento enunciativo puede articularse bajo ciertos guiones de legalidad sexual, racial y de clase, que terminan reconfirmándolos o también bajo otros libretos que se organizan contingentemente para hacerlos colapsar.

Creo que en tu pregunta hay una acción clave para pensar en micropolíticas educativas que provoquen el montaje de otros escenarios del saber, que reincorpore la dimensión conflictiva al espacio educativo, combatiendo la liturgia de la armonía y el discurso liberal de la igualdad. “Infiltrar” tiene algo de escabullirse, de agrietar las reglas, de burlar la vigilancia, de sustraerse a la luz de las dinámicas jerarquizantes para operar en las sombras su desbaratamiento. Las instituciones educativas, herederas de las pedagogías modernas, son ámbitos animados por la voluntad de fijar, y todo aquello vinculado a la ambigüedad, el conflicto, la movilidad, la incerteza, lo imprevisto, la contradicción, resulta perturbador. Creo que una de las tareas de apostar por pedagogías desobedientes es repensar el concepto de ignorancia que hegemoniza el campo educativo. Ya lo afirmaba Eve Sedgwick en “Epistemología del armario”⁴, la ignorancia no es falta de información o una oscuridad ancestral, es el efecto de un conocimiento hegemónico, de un régimen de verdad específico. Por lo tanto, las políticas de conocimiento suponen a su vez políticas de desconocimiento. Desbaratar la producción de la ignorancia en materia de cuerpos, sexualidades y géneros supone desorganizar un modelo de pensamiento, un modelo de relaciones de poder. Y cito: “La simplicidad ética política de la categoría conocimiento, de modo que un escritor que apele de forma demasiado directa al potencial redentor del simple aumento del vataje cognitivo en cualquier cuestión de poder hoy parece ingenuo”⁵.

4. Sedgwick, Eve K. *Epistemología del armario*. Ed. De la Tempestad. Barcelona, 1998

5. *Idem*. Pág.18

Entonces, tenemos que infiltrar esos modos de comprender la ignorancia, de trabajar contra la heterosexualización de las políticas de conocimiento y un currículum colonizado, no sólo a partir de incorporar más contenidos sobre identidades no heteronormativas, sino preferentemente a partir de explorar y desarticular las operaciones de administración del conocimiento/desconocimiento sobre los sujetos, que activamente construyen las jerarquías, las asimetrías, los privilegios. Sedgwick también señala que la posición de la ignorancia define los términos de la conversación, y esto me evoca esa situación reiterada sistemáticamente en la que cuando hablás de heteronormatividad en alguna clase, las primeras expresiones son: *no sabía nada de eso, no tenía idea, no conocía...* Y desde la misma lógica heteronormativa que binariza cuerpos y mundos, te fuerzan a “definir” las identidades.

También esto puede ser pensado para las políticas de lecturas y de citas con las que armamos nuestros mapas de referencias, en el que muchxs teóricxs, activistas y escritorxs quedan en un territorio borroso y opaco, ya sea por las políticas de traducción, de lógicas de mercado, de hegemonías y modas académicas, de localizaciones geopolíticas... Como decía Fernández Retamar, “el colonialismo ha calado tan hondamente en nosotros, que sólo leemos con verdadero respeto a los autores anticolonialistas difundidos desde las metrópolis”.

En este corpus de ignorancias/conocimientos, es preciso desanudar la idea de que no se enseña sobre sexualidades en la escuela. Todo el tiempo estamos enseñando, en cada cosa que hacemos o decimos, habilitamos y sancionamos modos

de ser: estilos corporales, identidades sexuales, expresiones de género. Es imprescindible interrogar los límites de las estructuras del conocimiento institucionalizado que delimitan la visibilidad y decibilidad, esa matriz heterosexual que produce seres despreciados, inferiorizados, descartables. Trabajar contra el agravio, la injuria, implica detener el daño y reparar, pero fundamentalmente supone cambiar las condiciones institucionales que hacen del género una forma de violencia sobre los cuerpos y las vidas.

Ahora, para que esa in/filtración de las pedagogías desobedientes alcance el impulso para transformar las condiciones objetivas de producción de sentido de las instituciones de enseñanza, tiene que articularse con cierta composición de fuerzas, con ciertas coyunturas políticas y culturales más permeables a que acontezcan modificaciones, con alianzas entre agentes dentro y fuera de la institución... Mientras tanto, seguimos haciendo pequeñas e intensas fisuras desde la praxis, potenciando los espacios liminares en los que se performen otras posibilidades pedagógicas.

Es complejo, difícil y desafiante trabajar la heteronormatividad en las escuelas, no obstante siempre se encuentran quiebres, descalces, intersticios que son aquellas oportunidades, esas micro-escenas que habilitan a pensar de otro modo para des-heterosexualizar la práctica. Pero también hay límites y circunstancias que hacen que el trabajo sea más o menos áspero, escabroso, hostil. A veces hay condiciones favorables que permiten la articulación de las prácticas áulicas con las institucionales, cuyos efectos redundan en un clima educativo permeable al replanteamiento de los estereotipos de género y sexuales que atraviesan el fondo cultural de la

enseñanza; otras veces las posibilidades son exiguas y se estrecha la capacidad de afectación. Por ejemplo, la presencia de lesbianas, gays, trans en el espacio de la educación institucional suele interpretarse como “excepcionalidad”, como “un caso”, produciendo la rareza o la anomalía como condición de que la normalidad se confirme a sí misma como tal. Muy lejos se está de asumirlo como una oportunidad para trabajar a nivel institucional la presunción hetero y para el diseño de acciones que habiliten otras identidades impugnadas o proscriptas en la escuela. Aquí entra en cuestión la visibilidad como táctica del movimiento LGTTTBI, pero muchas veces convertida en un fin en sí misma. La visibilidad produce un cambio en la división de lo sensible, en las coordenadas perceptivas de la sociedad, del orden establecido, esa distribución y legitimación de sujetos e instituciones en roles y lugares apropiados. Por lo tanto, cuando hablamos de visibilidad en la escuela es preciso pensarla no sólo en términos de accesibilidad y permanencia de sujetos con identidades no heteronormativas y/o del reconocimiento y tratamiento de técnicas de gobierno del cuerpo (anticoncepción, aborto, prácticas sexuales, esquemas afectivos, etc), sino que estamos hablando de políticas de conocimiento, de modos de conocer y pensar a los sujetos y los cuerpos, que implican disputas por lo público.

Un asunto no menor supone los términos políticos con los que se enuncian y hablan las sexualidades en los ámbitos educativos impulsados desde el ámbito estatal, por ejemplo, la diversidad. Así, las palabras que nombran y dan vida a experiencias de la corporalidad, a identidades y deseos, son fagocitadas por una operación de sentido que los vuelve aparentes y neutrales. *Diversidad* es el término que mapea

cultural y políticamente lo no heterosexual, supone un control y disciplinamiento exhaustivo de las narrativas no heterosexuales por parte de instancias institucionales, que se transforma en mandato de adoptar ciertos guiones de inteligibilidad hacia las propias comunidades de la disidencia sexo-genérica.

Creo que hoy se trata de armar la instancia educativa como invención contingente y plástica de lo común, donde tenga lugar el disenso, lo que supone herramientas afectivas, políticas y teóricas que hay que construir como docentes, desplazándose de los ideales emancipatorios del liberalismo. Me parece que pensar la escuela hoy no es tanto un asunto de pedagogía como de creación artística... Que precisamos otros lenguajes de otras disciplinas y campos, y abrir el apetito por otros modos de vida y politización de la existencia. En este sentido, la educación sexual deja de ser un mero “contenido” a dar y se convierte en horizonte de interrogantes y cuestionamientos de la normalidad escolar⁶, en una política cultural que implica una disputa con las prácticas discriminatorias institucionalizadas en la propia escuela.

jorge díaz fuentes: Existe un intenso debate dentro del activismo *trans* que hace relación al nombramiento que adquiere toda identidad dentro del contexto de la política de los derechos. Me parece que la nominación de lo *cis* (entendido como lo que no es *trans*), en tanto designación que surge desde el activismo *trans* es una interesante manera

6. “No es fácil, pero es bello”, entrevista. <http://escritoshetericos.blogspot.com.ar/2013/11/no-es-facil-pero-es-bello.html> 16 de noviembre de 2013

de dar la *posibilidad de nombrar*. Creo que en Argentina este debate adquiere mayor agitación en cuanto la visibilidad del activismo *trans* en conjunto con la aprobación de la ley de identidad de género generan un paisaje que se diferencia mucho del contexto chileno, donde la insubordinación de lo *trans* queda opacada por las cuestiones liberales-económicas de lo gay y el derecho al matrimonio homosexual. Quisiera profundizar en la cuestión del debate *cis/trans* que nos remite a interrogar los léxicos con las cuales nos damos un nombre. En estas políticas por el nombre, el activista *trans* Mauro Cabral en un reciente artículo llamado “cuestión de privilegio” (página 12, viernes 7 de marzo 2014) parece desconfiar de aquellas posiciones digamos post-identitarias que desde una negatividad se distancian del poseer sólo una identidad. En relación con esto, Mauro dice: “ese gesto (decirse “no soy hombre” o “no soy cis”) se reproduce cada vez que el compromiso con las cuestiones trans se articula en la expresión “tod*s somos trans” –la misma que da por cancelada las diferencias abismales que distinguen nuestras experiencias–”. Si bien existen materialidades y experiencias que demarcan cada uno de nuestros cuerpos, ¿Qué ocurre cuando las políticas del cuerpo propio no quedan lo suficientemente ajustadas en nuestros activismos, cuando luchamos por un cuerpo que *pareciera no es el propio*? Pienso en los activismos lésbicos y disidentes sexuales a favor del aborto. Por lo mismo no logro comprender completamente este asunto de la nominación y su conflicto identitario y quisiera saber valeria, algunos de tus posicionamientos dentro de estas políticas.

valeria flores: Siempre las políticas del nombre (im)propio

son situadas, contextuales, contingentes, problemáticas, a la vez que turbulentas y tumultuosas. Desde mi perspectiva, las políticas identitarias tienen que ser agitadas pero en permanente tensión crítica, y eso no sucede habitualmente, más cuando el único y excluyente horizonte que se percibe como político es el lenguaje de derechos y su inscripción jurídica. Por supuesto que el campo jurídico-normativo es un campo de intervención política, de desnaturalización de construcciones misóginas, patriarcales, heteronormativas, clasistas y racistas, pero si nuestro activismo sólo habla –y exige hablar por mandato del Estado– ese lenguaje, los heteróclitos e insólitos modos de decir(nos) colapsan y se clausuran en un monolingüismo que recorta perspectivas, posibilidades y obstaculiza imaginarios radicales. Eso no significa desactivar las políticas identitarias, por el contrario, el desafío es pensar formas de activación de las identidades que no cabalguen sobre agendas neoliberales, sino como localizaciones situacionales desde las que (d) enunciar nuestros cuerpos y deseos que batallan contra el imperio binario que gobierna los modos de sentir y pensar. Por eso, precisamos formas identitarias que se desplacen de las narrativas totalizadoras y monolíticas al compás de una práctica ética animada por el reconocimiento de la singularidad de toda voz que evite anular las particularidades con que opera la violencia heteronormativa y capitalista sobre cada cuerpo. Es decir, tal vez habría que pensar en una política de la paradoja, en una política de la identidad que trabaje contra sí misma, que al mismo tiempo que postula las identidades como posicionamientos políticos, estéticos y afectivos, pueda desbordarse a sí misma con una proliferación de narrativas que den cuenta de esa indómita inscripción biográfica del género que nos constituye y hace sujetos (in)

inteligibles. Entonces, creo que un desafío que tenemos por delante es cómo articulamos una política (post)identitaria en que la identidad no se disuelva, sino que constituya una clave para que acontezca otra cosa, una multiplicidad bullente y móvil como agenciamiento colectivo, en el que ciertos privilegios sean puestos de relieve y no terminen en una práctica naturalizada de gobierno de ese espacio.

Me reconozco en un uso táctico de ciertas consignas, que no siempre son eficaces para todos los contextos. El “todxs somos trans” puede operar como contaminación vírica en ciertas coyunturas, y en otras puede consistir en un vaciamiento y expropiación de la experiencia y saberes trans. Ese “todxs” puede resultar en un efecto homogeneizador que termina configurando una nueva escena de violencia para los sujetos que requieren y exigen reconocimiento. El asunto del nombre no es un detalle si queremos construir alianzas políticas. La palabra es la máquina de producción del mundo, y esos nombres son los que permiten narrarnos ante la invisibilización, el silencio forzado, la violencia de la norma y del Estado, la ausencia de protección... Ese nombre construye experiencias, fantasías, biografías y genealogías. Hay una pugna y una tensión interesante e incómoda en los modos de decir/se y decir/nos, y más que pensar en eliminarla, el reto es leer qué posibilidades hay ahí de articulación política para poder desplegarla.

Puedo reconocer en mis filiaciones, en mi propio tránsito activista como tortillera feminista cuir, que me fui (des) haciendo desde una negatividad poderosa que produjo un viraje político y subjetivo colosal. La declaración de Monique Wittig “las lesbianas no somos mujeres”, promovió que la

construcción de mi propia textualidad funcione interviniendo las operaciones escriturales de feminización de la letra. Una negatividad que abrió el campo de la subjetivación y de mi corporalidad a la inventiva y el asombro, a pensarme por fuera del binarismo hombre-mujer, a convertirme en políglota del significante lesbiana y activarlo desde lugares heterogéneos, hasta muchas veces antagónicos a los que son pensados por las propias lesbianas.

Sobre las identidades trans y la creación de lenguajes que incidan e interpelen desde su construcción de saberes, me parece interesante resaltar dos asuntos para continuar pensando: uno es la potencia de sus cuestionamientos al régimen heterosexual y el desplome de la lengua binaria con sus formulaciones cis, y aquí Mauro Cabral es un maravilloso e incisivo maestro. Cada vez que unx lee estas producciones, las interpelaciones sobre los privilegios de un cuerpo que cumple los estándares normativos, se multiplican. A la vez, atender críticamente a la impugnación que se realiza de ciertas articulaciones y posiciones políticas con acusaciones de transfobia, que cercan ciertos debates por la custodia identitaria y empobrecen nuestras comprensiones y alianzas.

En nuestro país, a partir de la ley de identidad de género y las alianzas postidentitarias que se lograron establecer contingentemente con la conformación del Frente⁷, que podía ser integrado por cualquier grupo o activista –no necesariamente trans- que sostuviera los principios de desestigmatización, despatologización y descriminalización

7. *Frente Nacional por la Ley de Identidad de Género.*

que informaban el proyecto de ley propuesto, comienza a visibilizarse una producción de conocimientos por parte de activistas y teóricxs trans de gran intensidad. En ese momento de ebullición, también aparece la apropiación de la nominación trans por cualquier persona como un modo demasiado simple y lineal de ajustarse a la lucha, que desatiende a la materialidad signada por la precariedad y vulnerabilidad de las existencias trans. Lejos de los criterios de autenticidad y valor de verdad de la experiencia, el riesgo, insisto, es el funcionamiento de esta apropiación de lo trans que desestima y anula el registro de la violencia y las resistencias de esos cuerpos disconformes con la norma. Me parece que, por un lado, la cuestión del nombre propio y el cuerpo propio es una imposibilidad cuando estamos atravesados por la relacionalidad y la vulnerabilidad de nuestra corporalidad, que se distribuye de manera desigual según las normas que gobiernan la anatomía humana. Me pregunto entonces cómo formulamos una política postidentitaria que no necesariamente esté articulada a las identidades sino a la subversión de las normas que nos convierten en ellas. Ya que las categorías identitarias se muerden unas a otras, más que abandonarlas, una aventura política a transitar es cómo hacer para recrearlas a través de otras marcas.

En este sentido, en el proceso de debate de la ley de identidad de género, acontecieron ciertas escenas que ahondan en las tensiones y conflictos “comunitarios”, como las jerarquías que operan hacia el interior del colectivo trans, ya que ciertas voces fueron borradas del mapa, como la de los varones trans; y también sobre las estrategias políticas empleadas, como el victimismo recurrente y la lógica de la representación, que construye sujetos tutelados ya sea por un discurso

paternalista o por la voz que asume -autodesignándose- la representación que hablará en nombre de todxs.

Creo que la ley de identidad de género estableció un precedente muy importante y una gran conquista de derechos, pero que a los efectos de la institucionalidad de su efectucción, en el caso de salud, no hay manera de que sea aplicable hasta el día de hoy, no sólo por la falta de reglamentación sino porque el sistema público de salud está desfondado y colapsado. También tuvo sus límites esta ley, con debates que aún siguen latentes, como la imposibilidad de expansión del repertorio estatal de identidades, cómo sigue operando el dispositivo estatal de control de las identidades sexogenéricas legalmente reconocidas, la perpetuación del mismo régimen de asignación forzada con su diferencia sexual legalizada, su estatus de naturalidad y sus privilegios.

Volviendo a las acusaciones de transfobia, una situación áspera la vivimos con otras compañeras cuando publicamos la proclama de lesbianas feministas prosexo a favor de las trabajadoras sexuales⁸. Reconocidas activistas travestis y trans de argentina, a través de la prensa y de facebook, nos acusaron de ser transfóbicas por pronunciarnos a favor del reconocimiento del trabajo sexual, argumentando que no teníamos en cuenta su voz; entonces, esa acusación funciona como modo de disciplinamiento para otros asuntos que requieren ser discutidos y clausura desde el estigma moral un espacio de pensamiento.

8. <http://potenciartortillera.blogspot.com.ar/2013/08/activistas-varias.html>

Obviamente que la voz de las compañeras trans y travestis es central en el debate del trabajo sexual, pero lo cierto es que las voces abolicionistas no son las únicas y pretender erigirse en representantes de ciertos posicionamientos es, por lo menos, arrogante. Nosotras no nos arrogábamos la identidad de trabajadoras sexuales, sino que queríamos establecer y visibilizar un posicionamiento feminista a favor del reconocimiento del trabajo sexual frente a la hegemonía del discurso y las prácticas del feminismo abolicionista, articulando las políticas de criminalización y persecución del trabajo sexual con las políticas heteronormativas y la desexualización de las demandas del movimiento feminista y LGTTB, además de señalar ciertas afinidades en el funcionamiento de la norma moral y sexual sobre ambas identidades, trabajadora sexual y lesbiana. Todas estas vidas que intentan ser visibles/vivibles, somos vidas que pagamos un alto precio por falta de reconocimiento social, apoyo institucional, económico y exposición a la violencia verbal y física.

Creo que el género sigue atrapado en la matriz heterosexual, y para poder empezar a discutir estas políticas (post)identitarias o (inter)identitarias me parece interesante retomar como enclave el sujeto excéntrico de Teresa de Lauretis, aquel que no sólo se desvía de la senda normativa y no está centrado en la institución que produce la heterosexualidad, sino que implica un doble desplazamiento: de la energía erótica y el autodesplazamiento o desidentificación del sujeto de las asunciones culturales y prácticas sociales asociadas a las conceptualizaciones dominantes del sexo y género. Pensar en la desidentificación como una oportunidad de alianza

política contra la norma, astillando las políticas identitarias para formar con sus fragmentos nuevas afinidades, es una experiencia por construir que seguramente implicará desgarrar ciertos supuestos.

No hay afuera del sistema y cualquier acto crítico se encuentra siempre implicado en el interior de las estructuras de poder donde pretende generar alguna disrupción de sentido. En este sentido, lo post es entendido como registro que incluye y al mismo tiempo rebasa lo que le antecede. Lejos de ser una fase, constituye una práctica oposicional de quiebre de la macronarrativa de una identidad demasiado monocorde y uniforme. Revisar críticamente las políticas identitarias y sus legados, tomando nota de los bloqueos, clausuras, esquematismos y totalizaciones, organiza el desafío de pensar qué hacer en relación con lo que ya está hecho, con las formas heredadas, con ese repertorio de formas políticas que requieren ser pensadas y revisadas.

Desmontar las grandes maquinarias épicas y extraer fragmentos para capturar un índice de refracción y hacerlos actuar sobre otro tipo de conjunto es proponer una multiplicidad de actos microsituados que trabajan con el fragmento y el intersticio, explorando las zonas de mayor vulnerabilidad y fallas del sistema heteronormativo.

En nuestro país, los casos de agresiones lesbo-homo-transfóbicas han aumentado, eso nos está indicando algo de la institucionalidad de la discriminación, de la efectividad del poder subjetivante de la ley, de las prácticas normalizadoras que persisten y que, en contextos de cierta inestabilidad económica, un proceso inflacionario que se va acrecentando

y una militarización naturalizada de las ciudades bajo las retóricas de la seguridad, exponen a una mayor vulnerabilidad a las comunidades que quedan fuera del amparo estatal.

Retomando las palabras, el lenguaje tiene una repercusión vital en la construcción de los sujetos, que no se agota. Una tarea perturbadora y rebelde podría consistir en aplicar la actividad crítica y creativa de la escritura que recoge y une materias de lenguaje, amasando lo heterogéneo y lo heteróclito, trabajando sobre el efecto físico de las palabras, su aspecto material, su disposición visual, su estructuración, a los tópicos del acervo común de las políticas identitarias para girarlos y desproveerlos de su sentido común y convertirlos en detonantes de transformación. Como decía Wittitg, “todo trabajo literario importante es, en el momento de su producción, como un caballo de Troya, se produce siempre en territorio hostil y resulta extraño, inasimilable, no conforme”.

III. VÉRICƏ LINGUAL

escribir contra sí misma



jorge díaz fuentes: Tenemos que pulsar el cuerpo en la investigación. Algo así creo entender en ***Chonguitas, masculinidades de niñas***, editado en conjunto con Fabi Tron (Editorial La Mondonga Dark, Neuquén, Argentina, 2013) que propone ante todo un proceso de investigación disidente. Digo esto en cuanto se descarta aquel presupuesto de las ciencias sociales que trata de comprender a los sujetos como materias transparentes y dóciles de los cuales sacar información clara y coherente, buscando con esto patrones sociales amplios que siempre invisibilizan aquello que llamamos subjetividad. Algo de lo que la activista y teórica queer J. Jack Halberstam en su libro ***Masculinidad Femenina*** (Editorial Egales, Barcelona, España, 2008) llama como una deslealtad a los métodos académicos convencionales al proponer unas metodologías queer que desconfían de la frialdad del dato crudo. Un dato en el que paradójicamente siempre falta un cuerpo. Ahora bien, hay un punto fundamental en ***Chonguitas*** y es el que hace alusión a estudiar la masculinidad ya no sólo en cuerpos de varones (lo que conocemos como estudios de masculinidades, nuevas masculinidades, masculinidades críticas, entre otros nombres que se les ha dado a este tipo de estudios) sino también en otros cuerpos donde la masculinidad funciona como una tecnología de género y también como una categoría propia a ser utilizada, re-significada, encarnada. Me gustaría saber qué significó este proceso de trastocar tanto la práctica metodológica como la coherencia de los discursos hegemónicos de la masculinidad en la edición de ***Chonguitas***.

valeria flores: Construir una escena escritural de la disidencia sexual y feminista implica una tarea creativa que se compone de gestos que excedan y difieran del cálculo, del

intercambio medible y anticipable, para que opere como una política interruptiva, inoperante respecto de las narrativas y discursividades de las actuales hegemonías y coyunturas políticas que robustecen continuidades y solidificaciones históricas. Podemos convenir que las disciplinas académicas dotan al pensamiento de una serie de rasgos específicos, establecen una serie de reglas de enunciación, delimitan instancias de socialización, fijan límites de incumbencia, definen términos, legitiman o deslegitiman argumentos, pautan la pertinencia o impertinencia de las preguntas.

A mí en particular, que el pulso poético me asalta en los rituales del pensar, la escritura académica me resulta lúgubre, casi podría decir una escritura obituarial, en la que el cuerpo entra en un estado de no vitalidad que anida un modo de decir fúnebre, despojado de la vitalidad que los anima. Ese *dato crudo* que reclaman y ansían los métodos académicos convencionales creo que, de algún modo, hacen (a) un cuerpo, establecen un registro de formas legibles y legítimas de la presencia del cuerpo en la academia, aunque ese registro tenga los contornos de una ausencia y se establezca una inscripción vegetativa.

Provocadas por el afán de subvertir esta tecnología de escritura del cuerpo, *Chonguitas* cobra forma y consistencia como proyecto autogestivo y activista a partir de cuatro inquietudes que puedo reseñar: una foto de infancia de fabi tron, como niña vestida de cowboy bajando por unas escaleras, con la que ilustró un texto suyo sobre su proceso de visibilidad como lesbiana a pedido de la gente del pueblo donde nació. Esa imagen impresionaba por su fuerza celebratoria y por la potencia de ese cuerpo infantil que se imponía

al mundo dislocando los guiones del género femenino y heteronormativo. También nos crecía un deseo como amigas y activistas tortilleras chongas de pensar nuestras propias vidas y colectivizar experiencias sobre nuestras masculinidades. La amistad como epistemología política le otorgó al proyecto una pasión y una ternura inusitadas⁹. A su vez, una convicción nos empujaba: nadie lo hará por nosotras, no queremos que lo hagan y podemos hacerlo, ya que los pocos recursos que se precisaban estaban a nuestro alcance. Y por último, una huella inscripta en nuestros cuerpos y memorias lesbianas fortalecía una certeza que nos guiaba: un silencio epistémico genera la inhibición de una posibilidad política y una oportunidad vital.

En lo personal, los ecos de *Chonguitas* se encuentran, por un lado, en mi actividad como maestra y los tráficos de códigos de las masculinidades que se producían entre mi figura y los estudiantes varones así como con las niñas machonas¹⁰; y por otro, en un relato que cuenta la investigadora y pedagoga queer, Déborah Britzman, sobre una niña de diez años llamada Natasha, arquera de fútbol y jugadora brillante. La historia transcurre durante un partido de fútbol, en el que el padre de una niña del equipo contrario paró el juego para requerir “pruebas” del género de la jugadora. Incluso después de

9. Así también con el diseño de tapa, que lo realizaron dos amigas y maravillosas fotógrafas, Celeste Onaindia y Epoyán Gonzalez..

10. “Estéticas disonantes. Tráfico de masculinidades entre maestra y alumna en el aula”. Seminario “Sexualidades Doctas”. Grupo de investigación “Incorporaciones. Corporalidad, ciudadanía y abyección”. Museo de Antropología de la FFyH, UNC – Córdoba. Diciembre del 2009. <http://escritoshereticos.blogspot.com.ar/2009/12/esteticas-disonantes- trafico-de.html>

11. Britzman, Deborah (1995) “¿Qué es esa cosa llamada amor?”, en *Taboo: The Journal of Culture and Education*. Volumen I, primavera 1995, 65-93. Traducción: Gabriela Herczeg.

ver el certificado de nacimiento de la niña, el padre, ahora apoyado por otros, exigió “ver” por sí mismo. Brizman no sólo se pregunta por cómo la transgresión de las fronteras de género probablemente resulte en la interrogación social acerca de la propia sexualidad y en la amenazante insistencia de que las formas de masculinidad y feminidad deben ser rígidas en tanto opuestas, sino también por las profundas inversiones – el capital sexual – que estos padres realizan para lograr el género correcto de sus hijas. Además, introduce ciertos interrogantes que de algún modo fueron el germen de *Chonguitas*: ¿Qué sucede con el capital sexual –de diez años de edad– de Natasha? ¿Cómo puede ella dar sentido a la sociedad que desmerece lo que ella podría hacer? ¿Natasha tropezará con textos como el estudio etnográfico de Kennedy y Davis (1993) o la recopilación de Joan Nestle, “*El deseo persistente: lecturas femme-butch*”, y leerá las historias de mujeres que transgredieron el género para forjar nuevos deseos y nuevos estilos? ¿Puede ser que a Natasha le interese el “*Stone Butch Blues*” de Leslie Feinberg, y si lo hace, dónde y cómo podrían ser encontrados estos textos?¹¹. Entonces, replica en mí la imperiosa necesidad de reflexiones sobre las modulaciones del género para y en la vida de lxs niñxs ¿Qué discursos, prácticas y ofertas afectivas de las instituciones escolares se ponen a disposición para que la afición por el fútbol de una niña no se construya como un deseo erróneo o desviado, y en un consecuente y violento proyecto familiar y pedagógico de refeminización?

¿Cómo un libro, un texto, una historia, unas palabras, pueden hacer una vida más vivible para estas niñas masculinas, o para las que su expresión de género o estilo corporal se imprime en el registro de la masculinidad? Así, el texto como tecnología

de inscripción es invención de futuro, de otras formas de subjetivación, de (des)identificación sexo-genérica. *Chonguitas* fue un intento por construir otras ficciones políticas en tanto estructuras de conocimiento, practicando la abyección política al producir un saber sobre nosotras mismas y poner en cuestión el régimen que nos ha construido.

Fue un proceso de disloque de los estudios feministas y queer al abordar no sólo las masculinidades no hegemónicas sino también las infancias. Pensamos la infancia como un espacio político de intensa pugna de poder, que construye el cuerpo de lxs niñxs como escenarios de ansiedades culturales y pánicos morales.

Los estudios sobre masculinidades siguen anclados en el cuerpo de los varones, como si fuera una propiedad del mismo. La masculinidad de las mujeres, lesbianas y bisexuales aparece como un espectro que es constantemente silenciado y erradicado, una figura del horror o del equívoco, y son registradas como versiones disminuidas del género. De algún modo, persiste el mandato del dogma genital, signando la masculinidad como lo no representable. Lo contrario sucede con la feminidad, como si fuera el único género considerado artificio y performance. Pensemos en la proliferación de estudios sobre travestismos y transexualidad femenina que se ha producido en los ambientes académicos interesados en temáticas de géneros y sexualidades.

Sin embargo, cuando lo que está en juego es la masculinidad y su fundamento, “el hombre”, todo se vuelve sospechoso; aquí ya no hay lugar para la parodia: sólo desnaturalización y sacrilegio. Se puede aspirar a la sumisión, no al poder; imitar lo falso, no lo verdadero; jugar con lo negociable, no con lo

inalterable. De alguna manera, nos perdemos la oportunidad de pensar los silencios académicos, los problemas epistémicos y las posibilidades políticas que se derivan de estos estudios. Otras interpelaciones se desprenden del proyecto *Chonguitas*; ¿Qué silencios o interdicciones todavía siguen operando al interior de las narrativas de la identidad y expresión de género (en relación a las afectividades, las eróticas, las prácticas sexuales, las performatancias corporales, los antecedentes contextuales)? ¿Cómo las categorías que usamos como aglutinantes políticos son desbordadas, y mucho, por las experiencias encarnadas?

Una política del nombre propio siempre nos pone en la tensión que suscita la imposibilidad de hablar por fuera de las restricciones materiales de un cierto lenguaje. Nos acusaron de mantener el binarismo al usar “masculinidad”, no obstante, era el nombre disponible y legible socialmente para dar cuenta de nuestras experiencias corporales. Era una ex y apropiación de un nombre, una okupación irreverente en la que alojar estas inquietudes. Significaba provocar un disloque al hablar de niñas y masculinidad, dos términos que parecen repelerse entre sí... ¿Qué nuevas configuraciones son posibles en esta hibridación? ¿Qué habilitaciones acontecen en este cruce? ¿Cómo desposeer un espacio cultural casi sagrado como la masculinidad, un sitio heredado de violencia y poder, cómo abrir un pasaje y producir un giro con otras experiencias corporales que no están atadas a esos ejes de subjetivación? Lo que está en juego al pensar la masculinidad sólo como una propiedad del cuerpo de los hombres, y no como un repertorio de conductas que debería estar disponible para cualquier cuerpo, es la cesión de un territorio político/afectivo/epistemológico al heteropatriarcado.

Creemos que la reinención del significado de las categorías se logra habitándolas, diluyendo sus fronteras, tallando sinuosidades que esfuman los caminos medidos, promoviénolas como lugares de problematización permanente.

Para los estudios y los activismos feministas, la masculinidad sigue siendo el emplazamiento del dominio. No son casuales las dificultades que se presentaron en el movimiento feminista y LGTTTB de nuestro país para reconocer y representar gráfica y discursivamente la masculinidad de la Pepa Gaitán, fusilada por el padrastro de su novia en la ciudad de Córdoba en el 2010.

Por eso, *Chonguitas* fue un acto de *justicia erótica*, que complejiza el mapa de mutaciones, discontinuidades y reinscripciones del género, abriendo horizontes discursivos y visibilizando narrativas sobre la variabilidad de su vivencia, que desfiguran las historias estables, y cuestionan las expectativas culturales anudadas a un nombre que operan como índices de normalidad.

Esto enriquece nuestra comprensión, experiencias y modelos de género, sus diseminaciones nominativas y sus especificidades históricas en los modos de autopercepción. Porque los códigos de las feminidades y masculinidades son contextuales y definidos históricamente por una determinada cultura, por las experiencias y expectativas de clase, raza, etnicidad, ocupación, edad. Para ello, las operaciones de desnaturalizar, fragmentar y dispersar la representación unitaria de las identidades, introducen una distorsión en las conexiones directas entre género y anatomía, sexualidad e

identidad, práctica sexual y performatividad, que desafían la estabilidad del sistema binario del género.

Chonguitas, como antología de extractos biográficos, da cuenta de la organización contingente sexo-género-deseo, llevando la gramática de las masculinidades hasta límites de intensa tumultuosidad y discordancia. Estas poéticas del yo componen vidas y cuerpos, y producen modelos heterogéneos de masculinidad a través de sus performances corporales, estéticas y eróticas, haciendo y deshaciendo el género, alborotando las formas hegemónicas de la cultura, que pueden asumir un estilo más estable o también expresarse en ocasiones especiales o coyunturales. Porque si la inscripción del género funciona como una promesa, de algún modo en esas historias hay rastros, señales, huellas, marcas, cortes, cicatrices, pistas, residuos, vestigios, de cómo se desarticula la expresión de género como anticipación de la sexualidad.

En este sentido, el libro se arma con relatos que ponen en primer plano el significado inestable y ambiguo de masculinidad. Tal como señalamos en el prólogo, *Chonguitas* cobra forma como proyecto, un plan de visibilidad y, al mismo tiempo, de sombras; sin aspirar a convertirse en una muestra representativa y de expresión totalizante, sino fundamentalmente en una comunidad colaborativa, porque no ejercimos un control regulador de la masculinidad. No fuimos a buscar a quienes considerábamos chonguitas, cada participante interpretó esa masculinidad de algún modo, otras no se sentían identificadas con el término porque se pensaban como “asexuadas”, lo que da cuenta que el género no es meramente autopercebido, sino que se hace en el entre-cuerpos y con/desde la mirada de lxs otrxs. Así, “masculina”

es el nombre de bordes difusos y porosos para captar una expresión que tomaba ese cuerpo en la infancia. Ya sea porque se imponía esa mirada por lxs otrxs, ya sea porque se asumía, ya sea por la presión que ejercieron ambas a la vez.

Entonces, empleando una metodología carroñera, como diría Halberstam, y una pulsión afectiva y política, *Chonguitas* cobra cuerpo y disloca un modo de producir saberes sobre nuestras vidas por fuera de las reglas institucionales, dando visibilidad a expresiones e identidades de género y/o sexuales que (dis) torsionan la matriz binaria heteronormativa, alterando la coherencia no sólo de los discursos biopolíticos del género, sino también del propio corpus de saberes feministas y queer académicos que buscan dismantelar las leyes que hacen invivibles ciertos cuerpos.

tomás henríquez murgas: Pensar en la patología no solo como una situación temporal, sino como un emplazamiento fisiológicamente situado, capaz de ser observado, experimentado, analizado y resentido materialmente bajo particulares esquemas de percepción corporal ha permitido resignificar históricamente el momento de la enfermedad. Coexisten, sin embargo, lenguajes que naturalizan su visión sobre los cuerpos bajo un binomio que ligeramente los contrapone entre sanos y enfermos. Así, se crea en torno a la enfermedad, un enorme cuerpo polimorfo de fantasías punitivas y sentimentales que bien podrían parecer existencialmente sugerentes para una producción calculada de textualidad y pensamiento crítico disidente. Todo un imaginario de literaturas gays, trans, LGTTB, etc. se ha levantado en torno a una aproximación (auto) biográfica

a aquellos cuerpos dañados por la norma, los que entre fragilidades y abyecciones, han permitido esbozar deseos particulares de política. Una política que no se conoce. Una política que quizás se intuye, pero que se inventa en su propia práctica y que se proyecta incluso más allá de los consensos de la cultura. ¿Cómo aparece en tu escritura, en tu ejercicio de aproximación a la disputa política del texto, esa huella crítica, llamémosla incluso biográfica, que permita implicarse en los propios contextos de precariedad y padecimiento en los que el cuerpo se halla? ¿Cómo es posible establecer esa “intimidad crítica” con el texto, cómo “escribir contra sí misma”, cuando se tiene frente a uno, fenómenos que se relacionan, afectuosa e imprudentemente, a los desvaríos que se está viviendo?

valeria flores: Aquí dudo y me captura la tensión que se desprende de la interacción entre las operaciones textuales que una hace o intenta hacer, y el registro de los efectos que eso produce en los modos de lectura, en las (des)afectaciones que provoca la propia escritura en otrxs y también en mí mismx. No sé si yo misma pueda hablar de cómo aparece en mi escritura esa huella crítica que convoque a implicarse en los propios contextos de precariedad y padecimiento en los que el cuerpo se encuentra. Creo que puedo hablar de ciertas intervenciones u operaciones que pretendo ensayar sobre el cuerpo textual, pero son los modos de lectura los que después irán iluminando (o no) esas huellas, interceptándolas, recreándolas, virándolas, interrumpiéndolas. Pienso que es posible establecer esa “intimidad crítica” con el texto como un modo de “escribir contra sí misma”, si partimos de que fluctuamos y tambaleamos en los modos de politización y de ficcionalización de nuestras vidas, que a veces el fracaso

es índice de lo posible y también de más, de que a veces sí, que a veces no, que a veces ni... Me refiero al fracaso como herramientas oposicionales que permiten articular formas sutiles de resistencia. *Escribir contra sí misma* es “un experimento performativo, un ejercitarse en capturar los “añicos” de la subjetividad, estimulado por una política del titubeo, del tartamudeo, de la resonancia y una estética insaciablemente curiosa y de ambición erótica, así como de responsabilidad con la(s) memoria(s)”, lo que supone un ejercicio de des-subjetivación, de irrupción de líneas de discontinuidad en lo que somos, un desprendimiento insolente de sí. Nuestros regímenes de expresión y pensamiento desde la crítica feminista y de la disidencia sexual buscan, tentativa y experimentalmente, desmontar ciertos ensamblajes de la hegemonía sexopolítica, generando repercusiones teóricas, políticas y, especialmente, subjetivas. No hay certidumbre estratégica, hay intentos -con sus propios equívocos y fallas- de construir esas zonas de pasajes escriturales entre las escenas descompuestas de nuestras corporalidades y subjetividades que flotan como excedentes en el universo figurativo de la “diversidad” y los microterritorios de mayor inestabilidad y porosidad de las gramáticas de poder.

Nuestros cuerpos son hechos por las normas regulatorias del género, y por ellas misma, deshechos, una operación de violencia en sí misma. El daño nos constituye con la norma, viene con la in/corporación, con ese hacerse cuerpo del género, y se despliega en las asimétricas modelizaciones de la corporalidad. Nuestros relatos (auto)biográficos, nuestras ficciones políticas acerca de las resistencias y violencias de las normas que nos dañan de modos múltiples y disímiles, son relatos de sobrevivencia, narraciones de una política del deseo

que se ejerce en el texto, mostrando no sólo las cicatrices sino también encendiendo las posibilidades y alcances de la herida y, a su vez, de la capacidad de nuestro poder de herir esa norma, de dañar la propia ley tácita. Y como decís, es una política -y una escritura- que se inventa en su propia práctica y hace estallar los consensos de la cultura al perforar el habitus de la legibilidad corporal de la época.

La revuelta escritural de la disidencia sexual y postfeminista, compuesta por esas micro-creaciones de ficciones que se mueven en los circuitos más capilares y clandestinos de la institucionalidad del movimiento, remueven el aparato discursivo y diseccionan sus capas más anquilosadas o los consensos como enclaves del binarismo, haciéndolos implosionar y reconfigurar los bordes de la escritura de nuestros deseos, cuerpos, géneros y sexualidades para diseñar una nueva topología de lo posible. Por eso, la imaginación política radical sólo ocurre en el desborde de nosotrxs mismxs, al detonar la práctica de escritura como una escena erótica y convocante, de seducción y promiscuidad inapelable... Es jugar ese juego del que no se sale indemne o sin cicatrices.

La codificación de nuestras vidas en términos de diagnóstico expresa el terrorismo del orden médico-jurídico, nos produce como sujetos expropiados de la posibilidad de encarnar modos de existencia que desafíen la diferencia sexual hegemónica, anulando nuestra voz y nuestra producción de conocimientos. La patologización de las identidades trans, así como antaño lo fue la homosexualidad y aun lo sigue siendo en ciertos países, y también del cuerpo de las mujeres y todo cuerpo con útero que aborta, nos impone pensar el diagnóstico como escena

de enunciación y de reconocimiento y los términos en que éste se da/otorga/recibe. El diagnóstico es el engranaje de esa maquinaria de naturalización de la diferencia sexual, que distingue de manera excluyente a los individuos como parte del género masculino y femenino y estabiliza la productividad normativa dicotómica de las instituciones y sus innumerables locus culturales.

La patologización de nuestras vidas no es solamente un requisito psiquiátrico, sino también una matriz que crea, diferencia y administra experiencias del cuerpo y de la identidad, de la expresión de género y la sexualidad, clasificándolas en normales y anormales, sanas y enfermas. La patologización trans es uno de los modos privilegiados en los que funciona la matriz heterosexual, reproduciendo subjetividades masculinas y femeninas estereotipadas y estigmatizando a todas las demás. Por eso, los términos mismos en que somos presentadx e interpretadx suponen una lucha polimorfa, en territorios múltiples y heterogéneos, en la que el lenguaje es primordial. Y en esto la literatura desde una poética tortillera, marica, travesti, trans e intersex tiene una historia abultada y un recorrido rizomático para enunciar esa disconformidad con respecto a las normas del género y sus efectos de normalización, habitando los umbrales de la construcción de escenas múltiples de enunciación, proponiendo modalidades des-esencializantes del decir(nos), próximas a una reprogramación de los códigos de escritura del yo/nosotrxs.

La situación personal es siempre social, dice Butler en el prólogo de "El género desordenado", por lo tanto, la tarea que ya muchxs activistas y teóricxs están haciendo, y

continúa vigente, consiste en expropiar a los discursos de autoridad su poder establecido y su legitimidad. No obstante, nuestros lenguajes activistas y disidentes no son puros, están entramados con los lenguajes y normas del poder médico-jurídico, que fuerzan y obligan los modos de presentación y nos modelan a nosotrxs mismxs. Muchos de esos lenguajes son versiones patologizadas de lo que unx desea. De este modo, el diagnóstico es una escena de enunciación, una escena social de interlocución que para algunxs tiene sentido, otrxs lo rechazan pero para todxs hace sentido en nuestra experiencia vital.

La solicitud de reconocimiento también implica que las instituciones transformen su comprensión del género, cuerpo y deseo, significa reclamar un imaginario alternativo con un horizonte radical. Interrogarse por el lenguaje con que se hace esa solicitud y con qué lenguaje se articulará el reconocimiento, es una apuesta por utilizar las palabras que nosotrxs inventamos, infundiéndole la fuerza necesaria y el poder social efectivo para que se vean transformadx al usarlas y se transformen las normas del género esperadas, aquellas implícitas en el proceso de la asignación sexual.

valeria flores

Es escritora activista de la disidencia sexual tortillera feminista heterodoxa cuir masculina maestra prosexo vive en Neuquén, reside en Buenos Aires y fuera de facebook. Fue integrante de fugitivas del desierto –lesbianas feministas (2004-2008), grupo de intervención política, estética y teórica. Trabajó como maestra de primaria durante 15 años en escuelas públicas de la ciudad de Neuquén. Formó parte del equipo que creó el Archivo digitalizado del activismo lésbico de Argentina, “Potencia tortillera” (2011), una iniciativa por afinidad política-afectiva y autogestiva.

Es autora de “Notas lesbianas. Reflexiones desde la disidencia sexual” (2005), “Deslenguada. Desbordes de una proletaria del lenguaje” (2010), “Lenguaraz” junto a Macky Corbalán (2012), “Bruma coja” (2012), “interruqciones. Ensayos de poética activista” (2013), y compiladora con fabi tron de “Chonguitas. Masculinidades de niñas” (2013), entre otros artículos y ensayos publicados en diversas revistas y libros.

Su campo de intereses está cruzado por la escritura ensayística y poética como modo de intervención política y estética, el activismo y la teoría feminista y de la disidencia sexual, y las pedagogías antinormativas.

Actualmente participa como agente del programa de formación, investigación y producción del Centro de Investigaciones Artísticas (CIA, Bs As).

tomás henríquez murgas

Actor. Trabaja también como dramaturgo, performista e investigador de culturas visuales. Escribe y publica textos en diferentes plataformas de arte y pensamiento contemporáneo, vinculando problemas de estética, cine, performance y teoría feminista. Algunas de sus obras estrenadas son Machote Futbolero (2009); Ochagavía (2011); La mujer metralleta (2013). Ha ganado varios premios como dramaturgo, destacándose la XVª Muestra Nacional de Dramaturgia de 2011, otorgado por el CNCA. Como performista colabora con la CUDS y el colectivo DEFORMES.

jorge díaz fuentes

Investigador trans-disciplinar de la Disidencia Sexual. Biólogo feminista, actualmente es estudiante de Doctorado en Bioquímica de la Universidad de Chile. Ha publicado Corión/familia en interfase en coautoría con Cristián Cabello (2008) y Romantic Pop, Varios autores (2010) ambos en la Editorial Moda y Pueblo, a su vez ha sido antologado en DESMANES, poesía combativa para las luchas cotidianas (2010) de Editorial Quimantú. Es miembro de CUDS desde el año 2008. Ha escrito y publicado textos en diferentes plataformas de arte, pensamiento contemporáneo y activismo. Explora el nexo entre arte, estética, política y teoría feminista participando en ponencias y encuentros tanto a nivel nacional como internacional.

